ra en México, y que si los mexicanos manifestaban preferencia por el gobierno existente, sería violar la convención intervenir en el derecho del pueblo mexicano á ese respecto.

El emperador Napoleón se disgustaba grandemente porque había esperado que los sucesos seguirían un camino muy diverso, empezando por la caída del gobierno existente en México, sobre la cual se basaban sus proyectos; por lo mismo envió á sus agentes instrucciones desaprobando la conducta que habían seguido, les prevenía que no trataran para nada con el referido gobierno, y que obrasen con más energía y actividad, pretextando que la Francia no podía tener esperanzas en el buen éxito de las negociaciones entabladas con los gobiernos mexicanos, cuya firma, dijo el ministro Billaut, no valía más que la hoja de papel en que estaba escrita. Mr. de Saligny pensaba lo mismo, pues preguntado por Mr. Wyke si daba valor á los tratados de la Soledad, le contestó que nunca pudo abrigar esperanza respecto á lo que provenía del gobierno mexicano, en toda clase de compromisos.

Se sabía que á cien kilómetros de Veracruz estaban las tierras templadas, región perfectamente saludable, á la cual se llegaba por dos caminos: el de Jalapa y el de Orizaba, en cuya región había abundancia de provisiones y aire puro: allí podrían establecer hospitales y almacenes de depósito; sabían los aliados que en el Interior se encontraban grandes haciendas, en las que se podrían levantar fortificaciones en caso necesario, y que allí pacían grandes manadas de reses que sería fácil comprar; hallarían abundantes provisiones de frijol, trigo y otros granos; también podrían adquirir mulas y caballos; en último caso Nueva—York y la Habana proveerían de todo aquello que faltara. La leña para cocer la comida del soldado, se encontraba en abundancia hasta llegar á la mesa central. Para preservar al ejército contra la mala calidad del agua, al llegar á esa alta región, dispuso la administración militar, que el ejército expedicionario fuera racionado con café y vino, considerando que los soldados no se acostumbrarían al pulque, jugo fermentado del maguey.

Antes de llegar al Chiquihuite, yendo de Veracruz á México, sorprende el agradable aspecto de la aldea llamada la Soledad. Está situada en medio de una llanura sin cultivo, cubierta de vegetación raquítica en la que se levantan algunos arbustos, la atraviesa un pequeño río que va como encajado en las rocas, y un hermoso puente une las dos orillas para formar el camino que conduce á la capital; hacen vistosa á aquella aldea sus casitas blancas, su campanario y sus jardincitos siempre esmaltados por la verdura y las flores. Allí había establecido el general Zaragoza su cuartel general; el campamento estaba colocado en un espacio cuadrado, sin tiendas, al aire libre, librándose los soldados de los ardores del sol por medio de grandes cobertizos.

Poco á poco arribaban á Veracruz tiendas de campaña y artillería para los franceses, y se anunciaba la venida de nuevas fuerzas; en ese puerto apareció un periódico llamado "El Eco de Europa," que sostenía la necesidad de las bayonetas

extranjeras para el bienestar de México. Los aliados quisieron que antes de tratar se les permitiera ocupar algunas poblaciones del Interior, y Saligny opinaba porque desde luego se rompieran las hostilidades, parecer contrario al de los Sres. Wyke y Prim. Para conferenciar con los comisarios regios salió de la capital el 14 de Febrero (1862), el ministro D. Manuel Doblado, aceptando la cita propuesta para el rancho llamado "La Purga," pues el gobierno del Sr. Juárez no omitía esfuerzo alguno para llegar á un arreglo honroso y satisfactorio con los representantes de las potencias aliadas. Había mandado ya al Sr. Zamacona, para que desvaneciera las ideas erróneas que tenían los comisarios aliados, y comenzara las negociaciones que continuó en el pueblo de la Soledad el Sr. Doblado, por no ofrecer comodidades el rancho de la "Purga."

En el acta de la novena conferencia celebrada por los plenipotenciarios aliados en Veracruz, el 14 de Febrero, aparece que cinco días antes de firmarse los preliminares de la Soledad, y aun antes de que se supiera si el general Doblado aceptaba ó no la cita que se le había dado para tratar con el general Prim, ya se ocupaban en acordar lo que debía decírsele. Este comunicó á su gobierno haberse puesto de acuerdo previamente, respecto á las concesiones que podían hacerse á los mexicanos, y con plena autorización para hablar y obrar en nombre de los comisarios de las potencias aliadas, salió de Veracruz el día 19 antes de amanecer, acompañado de una parte de su cuartel general y la escolta de cincuenta caballos; á las diez llegaron á la Soledad.

No habiendo obtenido con las negociaciones iniciadas en la ciudad de México, el resultado que deseaban los aliados, se esperó un buen resultado de las que abrió el día 19 el general Doblado en la Soledad, lugar designado por Prim, y que en aquel momento era el cuartel general de las fuerzas mexicanas. Allí se reunió con el general español que por ferrocarril había ido hasta la Tejería y se reanudaron las negociaciones, firmándose los tratados que llevan el nombre de ese pueblo. El almirante francés había acompañado algún trecho al general Prim, pero regresó á la Tejería, y á la conferencia no asistieron los otros aliados aunque se esperaba lo contrario. Cerca de una legua más allá de la Soledad, apareció por el camino una diligencia tirada por ocho mulas y escoltada por cincuenta lanceros, en la que iban el general Zaragoza, en jefe del ejército de Oriente, y el ministro de Relaciones Exteriores D. Manuel Doblado, con objeto de encontrar al general Prim y ofrecerle el carruaje, que fué aceptado con muestras de deferencia y mil cumplimientos por ambas partes. La escolta mexicana saludó al general español según lo previene la ordenanza y la de éste devolvió el saludo. La diligencia volvió á ponerse en movimiento y llegó á la Soledad cerca de las diez de la mañana. Los generales se apearon frente á una casa de aspecto vulgar, cerca de la iglesia, y habiéndose separado el general Zaragoza, tuvieron los señores Prim y Doblado una larga conferencia que fué interrumpida por el almuerzo.

Después se dirigieron á pie hacia el puente mientras que una banda de música de caballería tocaba varias piezas y volvieron á conferenciar de nuevo encerra-

dos en un cuarto, hasta las tres y media, á cuya hora el general Prim regresó en la misma diligencia para la Tejería, donde lo esperaba el vice—almirante francés que tenía dispuesta ya una suntuosa comida. A las nueve de la noche toda la comitiva se marchó por el ferrocarril á Veracruz.

Los intervencionistas aseguraban que se había entrado en arreglos con buenas intenciones, y el "Eco de Europa," órgano de los aliados en Veracruz, sostenía que la conducta de éstos había sido no sólo verdaderamente honrada, sino hasta magnánima, y exclamaba: "cuando el mundo sepa los esfuerzos que han hecho los aliados para dar la paz á México se admirará, y cuando la República llegue á saberlo, se llenará de admiración y gratitud!" Para el "Eco," las naciones aliadas eran las más filantrópicas y desinteresadas; no las había impulsado ninguna consideración de motivos particulares, ningún proyecto de ambición, sino sentimientos de amistad, simpatía y benevolencia en favor de la República.

Firmados los preliminares el mismo día 19, y habiendo regresado Prim á Veracruz sin dilación en la noche del mismo, reunió á sus colegas, les refirió lo que había pasado y después de explicar algunas de las cláusulas convenidas dió lectura á todas, á fin de que los comisarios hicieran observaciones y propusieran las modificaciones que juzgaran oportunas. Después de la lectura, fué Mr. de Saligny el primero en tomar la palabra, y en vez de hablar contra el convenio propuso que se exigiera del gobierno mexicano la revocación de la ley de 25 de Enero, cuya moción fué desaprobada por sus colegas; en seguida se discutió si los aliados tendrían que saludar al pabellón mexicano, al enarbolarlo en Veracruz, conforme al artículo 6º de los preliminares, y si convendría no entregar al gobierno mexicano la aduana de ese puerto; pero la resolución de estos puntos quedó pendiente, y se aprobaron sin modificación alguna los seis artículos comprendidos en el proyecto de bases y preliminares presentados por el conde de Reus.

Los tratados de la Soledad firmados el 19 de Febrero quedaron en la siguiente forma:

1º Supuesto que el gobierno constitucional que actualmente rige en la República Mexicana, ha manifestado á los comisarios de las potencias aliadas, que no necesita del auxilio que tan benévolamente han ofrecido al pueblo mexicano, pues tiene en sí mismo los elementos de fuerza y de opinión para conservarse contra cualquiera revuelta intestina, los aliados entran desde luego en el terreno de los tratados para formalizar todas las reclamaciones que tienen que hacer en nombre de sus respectivas naciones.

2º Al efecto, y protestando como protestan los representantes de las potencias aliadas, que nada intentan contra la soberanía é integridad del territorio de la República, se abrirán las negociaciones en Orizaba, á cuya ciudad concurrirán los señores comisarios y dos de los señores ministros del Gobierno de la República, salvo el caso en que, de común acuerdo, se convenga en nombrar representantes delegados por ambas partes.

3º Durante las negociaciones, las fuerzas de las potencias aliadas ocuparán las tres poblaciones de Córdoba, Orizaba y Tehuacán con sus radios naturales.

4º Para que ni remotamente pueda creerse que los aliados han firmado estos preliminares para procurarse el paso de las posiciones fortificadas que guarnece el ejército mexicano, se estipula que en el evento desgraciado de que se rompiesen las negociaciones, las fuerzas de los aliados desocuparán las poblaciones antedichas, y volverán á colocarse en la línea que está adelante de dichas fortificaciones, con rumbo á Veracruz; designándose como puntos extremos principales el de Paso-Ancho en el camino de Córdoba y Paso de Ovejas en el de Jalapa.

5º Si llegare el caso desgraciado de romperse las negociaciones y retirarse las tropas aliadas á la línea indicada en el artículo precedente, los hospitales que tuvieren los aliados quedarán bajo la salvaguardia de la nación mexicana.

6º El día en que las tropas aliadas emprendan su marcha para ocupar los puntos señalados en el artículo 2º, se enarbolará el pabellón mexicano en la ciudad de Veracruz y en el Castillo de San Juan de Ulúa.

La Soledad, diez y nueve de Febrero de mil ochocientos sesenta y dos.—El Conde de Reus.—Manuel Doblado.—Approved, C. Lennox Wyke.—Approved, Hugh Dunlop.—Aprouvé les préliminaires ci-dessus, A. de Saligny.—Aprouvé les préliminaires ci-dessus, E. Jurien.—Apruebo estos preliminares en virtud de las facultades de que me hallo investido.—México, Febrero veintitrés de mil ochocientos sesenta y dos.—Benito Juárez, Presidente de la República.—Como encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores y Gobernación, Jesús Terán.

Después de firmados en la Soledad estos preliminares aceptados por los representantes de las potencias aliadas, ratificados por el Presidente de la República y trasmitidos á los gobiernos respectivos, era natural suponer que se esperarían para tomar una determinación en pro ó en contra de la guerra, las conferencias que en seguida se habían de abrir en Orizaba, pero no fué así; los preliminares tan impacientemente esperados, produjeron en Europa un desacuerdo grave entre los gobiernos aliados que preludiaron una ruptura, de la que los posteriores acontecimientos de Orizaba fueron el eco. Inglaterra aprobó pura y simplemente la conducta de su representante; España aceptó las consecuencias y lamentó que al tratar con Doblado, el plenipotenciario español hubiera reconocido de hecho al gobierno de Juárez; el gobierno francés desaprobó de la manera más formal, la conducta de Jurien de la Gravière, con el pretexto de que los preliminares le parecían contrarios á la dignidad de la Francia, y llamó á ese comisario dejando los poderes politicos únicamente á Mr. de Saligny, aunque La Gravière se sujetó á los términos de la Convención de Londres.

Tortuosa fué la política observada por la coalición para con México; tratando de negociar un arreglo con el gobierno del Sr. Juárez y á la vez conspirando para derrocar ese mismo gobierno y establecer una monarquía sobre sus ruinas, doble diplomacia que no podía ser sincera y de buena fe, pues á la vez que entraban en convenios y hacían esperar arreglos con el gobierno republicano, se sabía que

Francia trataba con el Archiduque Maximiliano para traerlo al trono que quería levantar en México. Cuando los aliados estaban en desesperada situación, se les permitió que se situaran tranquilamente dentro de puntos á que jamás habrían podido llegar sin recibir grandes refuerzos y sin hacer inmensos sacrificios de vidas; aquello que se hacía no tenía precedente en la Historia. Una vez en las poblaciones sanas y abundantes de recursos, no se apresurarían á terminar las negociones hasta que hubieran reunido á su derredor al partido que simpatizaba con ellos y hasta que les llegaran refuerzos, y teniendo aseguradas sus posiciones y su fuerza, era claro que dictarían condiciones al gobierno mexicano. Este era el programa, pues ya en la secretaría de Mr. Jurien de la Gravière no se ocultaba, ni se quería hacer un secreto, que la intención de Luis Napoleón era colocar en México una cabeza coronada y que tenía destinado al Archiduque Maximiliano para que gobernara aquí.

En la conferencia habida en Veracruz el día 19, al dar cuenta de su encargo el comisario español, refiriéndose á lo pactado en la Soledad con el general Doblado, dijo: "consentí en declarar que nada se intentaría contra la soberanía, independencia é integridad de la nación mexicana. Luego me hizo presente el general, que si después de haber penetrado las fuerzas extranjeras pacificamente en el corazón del país no se lograse una avenencia, habríamos conseguido hacer inútiles los principales medios de defensa del gobierno mexicano, atravesando como amigos los puntos fortificados que hay entre Veracruz y las poblaciones que debemos ocupar. Aseguré al Sr. Doblado que las posiciones fortificadas en que tanto confian los mexicanos, son obstáculos de poca importancia para nuestras tropas; que por tanto, y á fin de que en ningún tiempo ni por nadie, se nos pueda acusar de habernos internado al país de una manera desleal, si llegare el caso de romperse las negociaciones, nos volveremos á situar fuera de la línea fortificada. Quiso el ministro de Relaciones Exteriores, estipular una tregua ó plazo dentro del cual no pudiéramos hacer uso de las ármas, después de volver á ocupar nuestras primitivas posiciones, pero lejos de acceder á semejante exigencia, declaré á dicho señor que al día siguiente de haber llegado en nuestro movimiento de retroceso al límite que se nos señala, nos apoderaremos de sus ponderadas fortificaciones."

El general Prim, al hablar con el Sr. Doblado, declaró que si no se accedia á sus demandas, pasaría sobre la fuerza mexicana y el general Doblado acabó por admitir las condiciones que se le proponían; permitió que los tres cuerpos de ejército pasaran á Orizaba y Tehuacán, donde no hay que temer las enfermedades de la costa; se les darían viveres y localidades para establecer hospitales; pero en cambio, si no se llegaba á un acuerdo, regresarían los europeos á las posiciones que actualmente ocupaban, restituyendo las que de buena fe se les daban. Los célebres preliminares de la Soledad, fueron considerados por el gobierno francés como deshonrosos, aunque nadie pudiera decir de qué manera se habrían salvado las fuerzas aliadas de la peste que reinaba en Veracruz.

Cuando se firmaron los preliminares de la Soledad, guardaba el estado sanitario de las fuerzas aliadas condiciones alarmantes, y por la posición relativamente